Como el Prior de San Jorge fué reducido á prisión en el mismo día, conocieron bien todos los amigos de ambos de dónde procedía la denuncia. El Conde de Ericeira, Juan Méndez de Silva, el anciano contador Diego Barros y otras muchas personas de cuenta comenzaron inmediatamente á influir con los inquisidores en favor del calumniado joven, haciendo llegar á sus oídos la causa del rencor de Lobo Correa.

Mucho sirvieron al acusado las informaciones de tan poderosos amigos, y las muestras de simpatía y afecto de que era objeto Silva en todas partes pusieron muy en su favor á los inquisidores.

Mas por desgracia, la madre del poeta, Lorenza Coutinho, era de raza judía; se sospechaba que pudiera mantener en su familia recuerdos de la antigua creencia; y aunque nada se justificó que indicase falta de ortodoxia, ni de prácticas contrarias al cristianismo en la casa de aquélla, creyeron de necesidad los señores del tribunal de la Fe depurar el hecho, y sometieron á cuestión de tormento al procesado, que conservó para todo el resto de su vida las señales del tornillo en sus desfigurados pulgares.

Fué absuelto el desventurado Silva; abjuró *de levi,* y con expresiva recomendación de los inquisidores para que se dedicara al estudio de la doctrina cristiana, volvió triste y meditabundo al seno de su atribulada familia.

Recobrando poco á poco la salud y la tranquilidad de ánimo, se dedicó el escritor á sus negocios del foro, guardando la más rigurosa observancia de las

prácticas religiosas, y sin que su conducta ofreciera nada digno de censura, hasta la época en que el Calificador del Santo Oficio recogió estos informes secretos.

La denuncia de Lobo Correa no tuvo por entonces otros resultados; pero por ella Antonio José de Silva fué sometido á tormento, y el P. Luis Alvarez, prior de San Jorge, salió desterrado de Lisboa.

En los libros de la Inquisición quedó Silva apuntado desde entonces como sospechoso de judaísmo.

PARTE SEGUNDA

I

Muchos meses después de haber vuelto á su casa, apenas salía de ella Antonio José de Silva. Fuera por la vergüenza de haber salido al auto de fe, fuera por temor de dar pábulo á nuevas sospechas, ó por acceso de misantropía, nada extraño en hombre de su imaginación y de su carácter después de la prisión y el tormento, es lo cierto que huía el trato de sus antiguos compañeros, nunca se presentaba en público, y aun dentro de su misma casa pasaba varias horas encerrado en su habitación, sin más compañía que sus libros, reducidos á pocos volúmenes de poesía y muchos de devoción, de obras ascéticas, vida de santos y expositores bíblicos.

Este retraimiento voluntario, influyó muy directamente en su carrera literaria. Al paso que iba recobrando la tranquilidad de su espíritu, buscó esparcimiento y solaz en su afición á la poesía, escribiendo del todo ó formulando los planes de muchas obras dramáticas, que, representadas en los años siguientes, contribuyeron á extender su fama de poeta por una parte, siendo por otra causantes de su total ruina y lastimosa tragedia, al decir de muchos historiadores; aunque otros sólo atribuyen su desgracia al judaísmo, antiguo en su familia y que en ella se perpetuó por el enlace de que ahora debemos dar noticia.

En su voluntaria reclusión, viviendo aislado con su familia, Antonio José estrechó relaciones con la del anciano contador Luis de Barros, y de ellas nacieron sus amores con la nieta del mismo, llamada Leonor, joven de singular hermosura é ingenio. Consagróle el poeta sus mejores y más sentidas composiciones; y tal vez estimulado también por aquel afecto, empezó á dar término á sus comedias para representarlas en el teatro.

Uno de los asuntos que más agradaban al escritor y causaban efecto en su familia, eran las aventuras de *Don Quijote de la Mancha*, relatadas por la inimitable pluma de *Miguel de Cervantes*. Tanto se prendaba Silva de la gracia y de la *fuerza cómica* del autor español, que sin cuidarse de que el personaje de *Don Quijote* había sido presentado ya en la escena lusitana por Nuño Sutil, se decidió á trasladar-

lo al teatro, y su primera obra cómica, seis años después de haber salido á la abjuración, fué la que tituló *Vida do grande Don Quixote de la Mancha é do gordo Sancho Panza*.

El éxito que alcanzó la obra despertó la saña de los envidiosos, según intentamos describir al principio de esta biografía; volvió á ponerse en tela de juicio la sospecha de judaísmo de Antonio José, pero su conducta en aquellos últimos años había sido ejemplar, sus costumbres muy religiosas, y la envidia tuvo que devorar en silencio la pena que le causaban los aplausos que se prodigaban al autor y su creciente fama.

II

Al año siguiente de este triunfo escénico, en el de 1734, vió Antonio José de Silva colmados los deseos de su corazón, contrayendo matrimonio con Leonor de Moura, hija de Jorge, y nieta de Luis Pereira de Barros, según antes dijimos.

Las familias habían vivido siempre en la mayor intimidad; desde aquel punto, puede decirse que se confundieron en una sola.

Mas, por desgraciada coincidencia, como ya indicábamos, Jorge Barros estaba casado con una joven huérfana, á la que había dado asilo el anciano Contador Mayor de Alfonso VI, movido á compasión al verla sola en el mundo. Los padres de aquella infeliz niña habían sido quemados por judaizantes; el

Contador la recogió en la temprana edad de cinco á seis años, la hizo bautizar, y le puso en su regeneración el nombre de María, en lugar del de Sara con que la llamaron sus padres.

Poco tiempo después del casamiento del poeta, en el mes de Mayo de 1735, se representó con gran éxito la *Medea;* pero la alegría que produjo este nuevo triunfo fué de corta duración, pues se sintió indispuesto el anciano Juan Méndez de Silva, y murió en breves días al comenzar el mes de Junio siguiente.

Desde entonces faltan datos para escribir con circunstancias y detalles la vida de Silva. Sucesivamente, y desde el mes de Mayo de 1736 en que se representó el *Amphitrión,* dió al teatro la mayor parte de sus obras dramáticas, siempre favorecidas por los aplausos de la multitud, sucediéndose sin interrupción la *Esopaida*, ó vida de Esopo, las *Variedades de Proteo,* y las *Guerras do alecrim é manjerona* (1) (el alhelí y la mejorana), mostrando el poeta sus felices disposiciones y agudo ingenio, su gracia natural y sus estudios en el teatro nacional y en el extranjero antiguo y contemporáneo. En este breve período se compendia toda la historia literaria de Antonio José de Silva. Desde fines del año 1726 en que salió absuelto de las prisiones de la Inquisición, hasta el mes de Octubre de 1737 en que volvió nuevamente á ellas, como veremos en seguida, dió al teatro casi todas

(1) *Historia do Theatro Portuguez,* por Theophilo Braga. Porto, 1871.

sus producciones, se hizo aplaudir y admirar del público, y gozó de la mayor tranquilidad en su azarosa existencia.

Mas, ora sea por los antecedentes de su familia, ora porque la envidia, no encontrando medio mejor de mortificar al aplaudido autor, hiciera recaer sobre él nuevas sospechas de judaísmo, es lo cierto que en todas sus frases, en todas sus palabras, en los argumentos y escenas de sus dramitas se buscaba intención oculta, se creía descubrir sentido heterodoxo; y tantas circunstancias fueron acumulándose, que, preparado el terreno, la primera chispa fué suficiente á producir una tremenda catástrofe.

III

Al salir de Río Janeiro para establecerse en Europa, había traído consigo Lorenza Coutinho una muchacha negra, que constantemente vivió con la familia en Lisboa, sin dar nunca sospechas de tener mala voluntad á sus señores, ni dar muestras de natural vengativo, disimulado carácter, ni genio descontentadizo.

Se ignoran en absoluto los motivos que pudieran inducirla para variar de conducta y abrigar odio en su corazón. En algún autor hemos visto indicada la noticia de que fué castigada hacia este tiempo por una pequeña falta (1); otros aseguran que fué ganada

(1) Inocencio de Silva: *Diccionario Bibliográphico,* tomo I.

por dinero y promesas de libertad por los enemigos del poeta; es lo cierto que la esclava negra, cuyo nombre parece era Francisca ó Feliciana, delató á Antonio José de Silva y á su madre y su mujer, por judíos impenitentes, y que conservaban en su casa todas las ceremonias y prácticas del rito mosaico.

En uno de los primeros días del mes de Octubre del dicho año 1737 se presentaron de improviso dos familiares del Santo Oficio y condujeron á las cárceles secretas á Lorenza Coutinho, Leonor Moura y Antonio José de Silva, apoderándose de todos los papeles que á éste pertenecían, sellando sus habitaciones y dejando vigilada la casa, para tener detalladas noticias de cuanto en ella pudiera suceder y de las personas que pudieran llegar á interesarse en la suerte del acusado.

Conocidos los procedimientos del Santo Oficio, y su manera de sentenciar las causas, á nadie extrañará que no se volviera á saber de la persona de Antonio José de Silva durante dos años, hasta que se le vió salir al auto de fe de 18 de Octubre de 1739.

Celebróse en la iglesia de Santo Domingo, ante el inquisidor general, el cardenal D. Nuño de Acuña. Fué un acto imponente al decir de una relación contemporánea; y el numeroso público aplaudió la condenación al fuego de las estatuas de tres herejes fugitivos, y de los huesos de otros que habían muerto en la prisión ó en el tormento; y escuchó las sentencias de muerte de otros varios que se hallaban presentes vestidos con sambenitos pintados de llamas,

de diablos, de animales inmundos, según el delito de cada uno. Por *judaizante convicto, negativo* y *relapso* fué relajado Antonio José de Silva y entregado al brazo seglar.

Pero el poeta había muerto moralmente muchos días antes. Desde el punto en que escuchó la lectura de la sentencia, viéndose perdido, y sin sombra de esperanza, cayó en un abatimiento del que no volvió á salir. La postración de sus fuerzas era tan extremada, que tuvieron que llevarle casi en hombros á la iglesia de Santo Domingo. Permaneció insensible durante la ceremonia, y ni aún dió muestras de haber reconocido á su madre y á su esposa, que con él salieron al auto, condenadas á prisión perpetua.

En aquel estado de insensibilidad fué conducido al prado del Rocío donde se le decapitó y se entregó su cadáver á las llamas.

. . . . . .

El proceso de Antonio José de Silva fué desconocido hasta que, en el año 1821, pasó con otros muchos papeles de la Inquisición á uno de los archivos públicos de Lisboa. Examinado entonces, pudo conocerse que la sentencia había sido á todas luces injusta é infundada. La delación se refería á la vida del poeta en su casa y entre su familia; la esclava delatora murió arrepentida pocos días después, y las pruebas se obtuvieron por declaraciones de los carceleros. Con leves indicios se impuso la última pena; razón habrá, pues, para que concluyamos este ligero en-